

que todo sea agradable al visitante, de manera que éste se lleve la impresión de que ha estado en la *Ciudad del Quijote*® porque así lo quiere un panfleto o un eslogan publicitario. Y quizás, verdaderamente, sea una ciudad quijotesca, porque en el mundo de don quijote todo, incluido él mismo, es quimera.

Pero entonces, volviendo a la ópera, una vez pasados los atractivos efluvios que le provocó la joven arpía, el protagonista recupera su consciencia y mata a la seductora con la trenza de pelo que aún conservaba de su esposa muerta. La realidad se impone de nuevo a la degenerada irrealidad, la confusión se aclara, y el protagonista gana y pierde su libertad a precio de sangre.

Se impone de la misma forma un golpe de *ciudadicidio*, por el cual se consiga acabar con la ciudad irreal, y falsa, la ciudad arpía y seductora, la ciudad inventada por consenso en los gabinetes gubernativos y empaquetada bonitamente en un departamento de marketing; la ciudad prisionera de los siglos espeluznantes; la ciudad condenada por las “mentes y las manos muertas”; la ciudad construida sobre un pozo seco, y deconstruida a golpe de piqueta y de mordaza; la ciudad tomada por los ideólogos, y no por los idealistas; la ciudad en la que un *partido* no es un deporte, sino un juego sofisticado, en el que lo que importa es ganar, y no participar.

Hay que poner en las manos la *trenza* de la cultura, y con argumentos convincentes acabar con lo intolerante, lo opaco y crepuscular que aún nos atenaza; con el *porque sí* de las cosas que son y no son; con esa acción/inacción insana que la costumbre secular ha convertido en destino ¿inevitable?; con la ruina de unas ideas fosilizadas que pertenecen ya a las vitrinas de los museos y no al palpito vivo de lo cotidiano.

¿Quién pierde en esta demolición? Nadie, y quien sienta una pérdida que levante el dedo y lo diga allí donde se haya construido el altar de la confesión ciudadana. Pero que cada cual, y no sólo uno, tenga la posibilidad de un megáfono en la boca, un volante en las manos, o un escritorio en el espacio público. La cultura todo lo puede, porque es el medio de expresión por antonomasia. Y a quien le falten las palabras, que

OPINION

05